

“VEINTIDÓS RETRATOS DE ESCRITORES HISPANOAMERICANOS”, de  
*César González-Ruano* (1)

El poeta y gran periodista español César González-Ruano completa y retoca, en esta última obra, los retratos y juicios críticos que había dedicado a los escritores hispanoamericanos que alguna vez estuvieron en Madrid, en sus extraordinarias *Memorias* (Mi medio siglo se confiesa a medias. Capítulo VI. Inventario de urgencia: Americanos y gentes venidas de América).

Poeta ultraísta de calidad; bibliógrafo y comentador de Baudelaire, Unamuno y el Caballero Casanova, antologista de poesía moderna, autor de novelas y comedias y, por encima de todo, gran periodista de Madrid, ciudad de periodistas, González-Ruano nos presenta con humor, desenfado y por orden alfabético sus retratos y caricaturas hispanoamericanas.

El autor atiende al aspecto pintoresco, a la imagen un tanto divertida que tienen en Europa de los escritores de América del Sur y se recrea en los aspectos anecdóticos y excéntricos de un Vargas Vila, Alberto Ghirardo, Armand Godoy, Alfonso Hernández-Catá, Vicente Huidobro, Alfonso Reyes, Enrique Gómez Carrillo, Eduardo Zamacois, etc.

En la galería de González-Ruano domina el tono satírico y desenfadado del Baroja memorialista. En general los escritores americanos quedan a mal traer. Se salvan algunos, sin embargo.

González-Ruano cree que los artistas criollos repiten en Europa desde el siglo pasado, una conducta que va de la megalomanía al exhibicionismo exagerado.

La verdad es que él sólo ha conocido, salvo raras excepciones, escritores-diplomáticos, escritores adinerados o ex políticos con facundia literaria.

---

(1) Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1952.

Hemos espigado del abundante material anecdótico que proporciona el autor de "*Cherche-Midi*", ocho estampas curiosas. Cuatro de ellas hechas *al vitriolo* y cuatro que podríamos considerar favorables.

"José María de Vargas Vila era un hombre muy pequeño, casi diminuto, apergaminado, con algo de momia orgullosa, vestido como un agente de Bolsa francés, con plastrón, cuello de pajarita, americana negra con trencilla, pantalón de corte y botines claros sobre los zapatos diminutos. Tenía cara mixta entre lechuza y sapo, surcada por arrugas profundísimas y alborotadas de músculos. Tenía una enfermedad misteriosa que le llenaba la piel de escamas como a un pescado.

Odiaba a Amado Nervo.

Amado Nervo era un alma de empleado; vivía feliz bajo su librea y se murió de una indigestión de banquete oficial —decía Vargas Vila.

Vargas Vila era muy pomposo hablando y estaba todo el santo día en literato y en literato esteticista, cínico y cruel. Vivían con él dos seres un tanto extraños, que jugaban un gran y delicado papel en la leyenda del tremendo *meteco*. Vargas Vila los presentaba como sus sobrinos; mejor dicho, como a su sobrino y a la mujer de su sobrino.

El sobrino era un hombre muy alto, más bien corpulento. Debía haber tenido belleza. Estaba ciego y representaba, entonces, unos cuarenta años. La mujer extendía demasiado su guapura —era guapa— por los muebles con un cierto exceso corporal... Al ciego le gustaba tocar el piano. Vargas Vila se sentaba en un sofá con la mujer del ciego a oírle. A veces se cruzaban miradas extrañísimas...

"El cubano Armand Godoy era un hombre rico disfrazado de poeta que vivía en París queriendo hacer el Heredia. Iba convencionalmente disfrazado de bohemio: chambergo de alas anchas, chalina y traje negro. Era Godoy hombre de buenas lecturas y de un entusiasmo literio a prueba de bomba, de ingratitud e indiferencia.

“Godoy pasó por Roma comprando rosarios y pidiendo audiencias a todo ser viviente que él creyera importante. A mí me tocó hacerle llegar hasta Alfonso XIII.

Godoy apareció con traje negro y condecoraciones y su mujer con traje negro también y mantilla blanca española, hecha un demonio. Estuve por preguntarles si creían que el rey era un paso de Semana Santa. A la salida la señora de Godoy venía toda emocionada y se creyó en la obligación de ponderar a don Alfonso:

—¡Ay qué señor más simpático y más amable! . . . Y luego . . . ! ¡qué distinguido! ¡Cómo se ve que es de buena familia!”

“Yo recuerdo al Alfonso Hernández-Catá del año veintitantos. Había nacido en un pueblo de Salamanca, hijo de un militar español casado con cubana, y él, llegado el momento, optó por Cuba . . . Podía más que adivinarse en Hernández-Catá al cubanito guapo en su juventud aunque entonces ya tenía algo de jamona gorda con un hablar muy redicho, que le hacía, injustamente sin duda, parecer poco varonil.

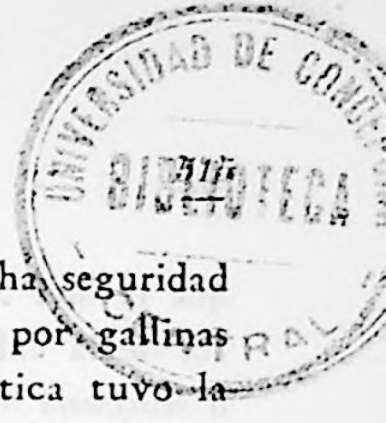
Catá era un hombre simpático, aunque extremadamente vanidoso y poco afectivo, dando la impresión de que desconfiaba de todos y de que a cualquiera creía capaz de hacerle una pasada que fuera en detrimento de su mensaje o carrera literaria.

Hernández-Catá iba asiduamente al café Lyon d’Or, con su mujer, y allí se le reunían varios, entre ellos el chileno Augusto d’Halmar, con su inseparable amigo Gustavo. D’Halmar publicó por entonces, una novela oscarwildeana titulada *Pasión y Muerte del Cura Deusto* . . . Alfonso Hernández-Catá era un escritor de órbita corta, pero cuentista, dentro del modernismo, muy estimable.

No escribía mal Hernández-Catá, sobre todo cuentos, pero él se creía un Flaubert de la prosa castellana y, la verdad, no era para tanto. En cuanto a vanidad, andaba de ella más sobrada que de kilos . . . ”

“Cansinos-Assens nos presentó a Vicente Huidobro como una especie de Mesías de una nueva era literaria. Era moreno, más bien





grueso o redondeado, suave y *snob*. Hablaba con mucha seguridad y traía verdaderamente hasta nosotros huevos puestos por gallinas y avestruces que aún no conocíamos. Su filiación poética tuvo la etiqueta creacionista, sin demasiadas seguridades, por nuestra parte, de qué era aquella. Nadie sabía en España quién era Reverdy, ni siquiera quién era Apollinaire.

Aquella tarde del Atenco, Huidobro vino, además de con su americana negra ribeteada, de su pantalón de corte, que le daban un cierto aire de jefe de ventas de gran almacén parisino, con algún número de *L'Elan* y de *Nord Surd*, en el que había poemas suyos, con otros de Bretón, Aragón, Max Jacob y Tristán Tzara”.

“Tenía el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo eso que se llama buena figura, y procuraba vestir ésta con una elegancia muy estudiadamente descuidada.

“Enrique Gómez Carrillo fué un gran cronista de su tiempo, quizás el más ligero y mejor, y fué una vida todo lo censurable que se quiera, pero profundamente representativa de una época y, sobre todo, de su ambiente...”

“César Vallejo, de quien se ha proclamado su indigenismo peruano, era hijo de un español que, por su condición especialísima, no pudo darle su nombre, y de una madre peruana que quizá llevara algo indio en sus venas.

Gerardo Diego le dedicó estos versos:

*Vallejo, tú vives rodeado de pájaros agachados  
en un mundo que está muerto, requetemuerto y podrido.*

Se veía, desde luego, en Vallejo uno de los más altos valores de la moderna lírica americana. En realidad, y mejor que Huidobro, fué netamente el poeta ultraísta de América. Su mundo poético es esencialmente dramático, tierno y mágico”.

“Debió estar Gabriela Mistral, en Madrid, desde el año 1932 al 35, como cónsul de Chile. Yo recuerdo confusamente una visita

que la hice a su casa, que era un ático, o al menos un piso muy alto, de la calle Menéndez y Pelayo. Hacía en nuestra capital escasa o ninguna vida literaria. Era retraída y en su trato no intentaba vencer una cierta antipatía varonil de sus ademanes y de su voz. Recuerdo que yo hablé de su paisano el poeta Neruda y que ella me desvió la conversación, dándome claramente a entender que Neruda no era persona de su agrado.

"No es Gabriela Mistral personaje sobre el que se pueda, ni por mi parte siquiera, insistir mucho en la glosa personal. Hay una dureza de líneas físicas que nos detiene casi tanto como la dureza no exenta de dulzura, que hay en el dolor constante de sus poemas. Literariamente, a mí su personalidad me había preocupado de antiguo, y sobre ella escribí, rendido ante el efecto de sus lágrimas, en un libro ya muy lejano titulado *Poetisas Modernas*, que se publicó allá por la primavera de 1924".

"Alfonso Reyes es una de las grandes preocupaciones americanas de González-Ruano. A su figura dedica varias páginas en sus *Memorias*, en su *Diario Intimo*, y en estos últimos *Retratos*.

"Alfonso Reyes era hombre pequeño y corpulento. De ojos vivísimos y de una conversación extraordinariamente inteligente. El menos sutil de los espectadores podía darse cuenta, a los dos minutos que estuviese hablando con él, de que se encontraba en frente de una de las más espléndidas mentalidades de la América española".

En su *Diario Intimo*, González-Ruano le había dedicado algunos versos que se refieren a la inestabilidad, en ideas políticas, del gran ensayista mexicano:

*Si esa cabeza se aboga  
en grasas y olas de pecho,  
tú elegante.*

*Y si, Alfonso, a mí me dicen  
que estás torcido a la izquierda  
tú derecho.*

*El hoy no puede a tú antes  
en mi mundo de recuerdos.  
Tú elegante.*

*Y aunque derechas no quieras,  
tú derecho  
y tu conciencia adelante.*

*Tú elegante; tú derecho  
Alfonso Reyes te llamas  
si rojo, gordo y ateo.*

En sus *Retratos*, González-Ruano, agrega:

“Ahora Alfonso Reyes vive en México en condiciones muy precarias de salud y convertido físicamente en una especie de apaisado y tremendo ídolo, cuyo corazón falla cada día. Pocas veces ni América ni el mundo ha producido una mentalidad tan rigurosamente completa. Con él se hace bueno aquel pensamiento filosófico que asegura que Europa ya contaba con América antes de que fuera descubierta”.

Los *Retratos* de González-Ruano constituyen un índice revelador de la opinión española sobre algunos escritores de nuestras tierras, y también una vuelta de mano a aquellas corrosivas entrevistas a grandes literatos españoles que reuniera el peruano Alberto Guillén en su comentado libro *La Linterna de Diógenes*.—JUAN URIBE-ECHEVARRÍA.